Ana Aridjis

ECOS PARA DESCIFRAR UNA FOGATA



FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO

ECOS PARA DESCIFRAR UNA FOGATA

54

Ana Aridjis nació en Morelia, Michoacán, en 1966. Poemas suyos han aparecido en periódicos locales y de circulación nacional. Es integrante de los consejos de redacción de *Jitanjáfora* y *Ventana Errante.* Está incluida en la antología *Poetas de Tierra Adentro* (1991).

Ecos para descifrar una fogata es su primer libro publicado.

Portada: *La despedida* (detalle), de Patricia Soriano T.

Ecos para descifrar una fogata

ECOS PARA DESCIFRAR UNA FOGATA

Ana Aridjis




FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO


Consejo Nacional para la Cultura y las Artes



Primera edición, 1993
Portada: Natalia Rojas Nieto

Arenal 40, Chimalistac, D.F., C.P. 01070

Impreso y hecho en México
ISBN 968-29-4993-9

Primera parte
Lugares

Pero aún puede parecernos misteriosa la existencia;
en cientos de lugares es todavía origen. Juego de puras
fuerzas que nadie conoce si no se postra y admira.

R. M. Rilke

Ecos para descifrar una fogata (carta primera)

ECO DE ELLA

Las perlas son apacibles rutas,
esclavizan mi cuello.
Cada veta duplica un eco
hasta volverse murmullo.
En la línea del tiempo
existe un pasaje
en el que transcribo la huella de los meses.
Sobre la piel retroceden encajes,
resbala con ellos la prohibición y el deseo.
Cobijo con el vestido la hoguera
que se advierte en sus ojos
ante una amnesia creciente.
Amante, donde pierdo la cordura
y quemo la conquista de mi voluntad,
lo cercano se vuelve volátil
ante la furia de este almendro
que se agita en mi pecho.
Existe un rincón que crucé con durísimo vuelo
para nutrir tu lumbre.
Todavía no acaba la noche,
te esperaré en el aroma desnudo.



Uxmal

Donde hay altura la grandeza existe.
La fe atraviesa en duermevela las piedras.
Las copas de los árboles se hacen diminutas.
Los instantes ruedan a un extremo.
Se despierta la magnificencia de los montes
en un olor a tierra y plantas que abren su paso
a la voz angustiada del viento.
Desde alguna esquina un hombre la llama.
Sus palabras son un volcán enfurecido.
Pirámides, ejes que se encuentran en sus rostros.
Las sensaciones huyen en ecos,
después, claman por ellas
y la vida, enérgica,
les deja la carta del nunca.

En Palenque

El códice sin descifrar es nuestro junio.
Vuelve en maremoto.
Mi mente juega, inventa presagios en la voz.
Atina al blanco.
Vuelan juramentos,
palomas desprendidas del tejado.

Paisaje hallado en la cabeza de un desconocido

El acrílico descubre una floresta.
Campanas de hojas son los árboles.
La mirada se desvanece con paciencia
para deletrear el rosa del verde.
Su rostro se disfraza de extravagancia
y crece mi devoción a la noche.

La alacena

A María Izquierdo

La alacena habla a través de los pasillos
con la festiva expresión que le grabaste.
Cierra con fuerza sus puertas
para huir de objetos que se trazan a sí mismos.
Le diste un espíritu con tus dedos
que entrelaza el cielo de un equilibrista.
Un circo habita sus colores.
El cuadro sólo ve a quien lo mira
durante un encuentro estático del tiempo.

Techos

La azotea es el lugar de un maullido
que se alarga para perder su celo.

Ciudad octubre

A Jorge

I

Habito el lugar de un párpado oscuro.
Me alejo y la belleza de tus calles
traviesa me recarga en otros muros
de una iglesia barroca y te recuerdo.
Cuando el órgano toca su música de cobre
hay en el frío intenso una nostalgia edificada
rodeada de un cielo sin estrellas.
La gente camina demasiado aprisa
y pienso en esa pausa con distancia
donde surge el temblor de un domingo de ramos.

II

La ciudad no abandona la memoria.
Una soledad se enciende y arde en el alba
de un callejón donde perderse de amor es el acierto.
Después, la noche es un danzón de luces
y revelas tu secreto ante mis ojos.

III

Fuentes que vigilan las plazas con ojos de agua.
Las torres de tu nombre se levantan
rodeadas de árboles con formas de otro mundo.
La Calzada vende tardes de caña y cacahuate
y de otro amanecer que tañe una guitarra:
manos que componen en las cuerdas
leyendas entre lagos,
arpegios como peces,
mujeres con su ofrenda de fruta silenciosa.
La tejedora borda con hilo de colores
tu nombre en el caracol bajo mi oído:
Morelia luna lisa simple y sola[1]
dijo un poeta al contemplarte
y creí en ese péndulo que se mece en el cielo.

[1] Manuel Ponce.

La ciudad es un río

Siempre crucé un río
de un grito melodioso y hondo.
Recogía piedras brillantes.
Cierro los párpados con fuerza,
emito sonidos que no salen de los labios.
La ciudad es el cauce del río indiferente.
Existe en una carcajada de verdugo
—yo sé, hay una impotencia.
Arrastra años su corriente,
baña con su temperamento de cascada.
Su goteo de rostros y nombres
traza un camino tardío,
en un simulacro de risa,
callejón del eco río, río...
En la orilla nebulosa
queda una contemplación de hombres.
Río que desdibuja los milenios.

Playa Novillero

En la escama del pez
la cáscara, su tiempo,
aletea veloz la despedida.
Montañas en el agua
sumerge con tino la muerte:
me dijo que a este lugar
jamás vendría el llanto
del pescador que levanta
en un caracol su recuerdo.
Por ella el pescador atrapó sus lágrimas
por todo lo que cambia y ya no es.
Mató el instante, en su red aprisionó una sombra.

Acaponeta

A

Porque navegar así tiene un sabor a muerte,
ágiles las tormentas de tu lejanía me bañan el rostro.
Mándame ese sonido de mar para mi sueño escarlata
y ojalá la estatua de sal no seque mis labios.
Duerme dentro del abanico que te abre un viejo capitán.

B

La noche entraba con ese presentimiento de marea alta.
Tormentas nacían para azotar las puertas,
ciclones que se llamaban distinto;
volando salían izas de sus truenos y su agua naranja.
Mientras, mi abuela hacía flores de crepé
para las coronas de la muerte,
pintaba también venados y casas tropicales.
Mi abuelo le abría una luz al color negro con un quinqué.
Aparecía su lumbre como una ventana que nos descubría
un momento.
La oscuridad y el mar iluminaban con calor la eterna
remembranza.

C

Si el mar nos tendiera sus brazos
una gran vela en tus manos se encendería.
Ilumina con piedras de lluvia los paisajes.
Vigilan nuestros pensamientos un Ojo de Dios
y un ojo de venado que pestañean entre la arena.
Si el tiempo no jugara con sus curvas
seguro podríamos repetirnos en la magia del azul
y tener ese olor de sal y de marisco en el cabello.

D

Entre una plaza de árboles redondos
hay una iglesia del color del océano
que divide los caminos más allá de este relámpago.
Un día una mujer se vistió de madre
y salió a recorrer los pétalos de una gardenia.

E

Llueve con un rayo de alejamiento.
Anoche entró en una ráfaga
el águila de luz sobre la danza del tiempo.
Al tomar agua de coco
acechamos debajo del mango
a que resbalara por las tejas
el sueño que descifra los luceros de la memoria.
Las brujas se escondían detrás del cancel de Acaponeta
o corríamos para inventarlas en el jardín.
Al verano lo siento un cáliz poderoso
que se entregó en un perfume de aguazul a nuestras
vidas.

F

Remueven el horizonte lejanía y adivinación.
Cuando niños, llegaban los gitanos
y, era verdad, leían la suerte:
acariciando las palabras inventaban el futuro.
Mi abuela sabía leer los ojos,
cada gesto y el sonido de los pasos,
al astro que vigila un suceso no cumplido.
Yo deseaba me diera la noche sus profecías
y mis augurios extraviaban el trazo de su estela.
Era para los visionarios la luminaria del horóscopo.

G

Para la feria de los días
al Hotel Acaponeta llegaban los globeros.
Lo habitaba también un zapatero
de pisadas taciturnas.
Se acomodaba en su caja de grasas
y construía su vereda de ocio.
Llegaban con maletas de arena hombres y mujeres
que viajan indefinidos en mi recuerdo.
Dejaron su efervescencia en juegos mecánicos
entre la feria de los días.

H

Solar entre las piedras,
la batalla que escriben los poetas
nacidos en la geografía de tu flama.
Ellos invocaron a exuberantes peregrinos
y te llamaron madre de todo su alfabeto.
Te buscaron un río de sentencias.
Invocas en la penumbra campanadas
de espíritus que asisten a la misa de domingo.
La voz del puente y los maizales
consume un fuego al mediodía.
A tu cúspide regresará un arcángel
atraído por el clamor de la fortuna.
La luna menguante en tus romances
combatirá con una centella la distancia
meciendo la conquista en una hamaca.

I

Rezó invadida de fervor
la loca vestida de blanco
que aparecía en tus calles.
Naufragó con la misma invocación
de hablar sola con las paredes
y decir a cada rato que la muerte
la obliga a deambular sin descanso.
Se pone la fragancia de olor marino,
camina entre la espuma de la playa,
muchas leguas recorre y se rompe
con la bravura de las olas.
Construye su castillo de arena
y escribe con la punta de una rama
la palabra de antiguos infortunios.
Su lamento de espejismos aparece.

J

Dice la loca embriagada por su hado:

Yo no sé por qué agoniza la luna de tal forma.
Si mi destino fuera construirla,
con un puñado de estrellas
la colgaría a la oscuridad de nuevo.
Guardaría en una caja sus destellos
y tocaría el himno de los nómadas.
Nos vestiríamos de luto
para asistir al empedrado funesto,
en peregrinación iríamos al astro fallecido
y lo cargaríamos de nueva luz.

Si despiertas de nuevo con miedo
déjate llevar por la fiesta;
este lugar renace de alegría.
Sin traspasar los muros
se mira en un cristal el pasado.
Quien dice que la muerte
permanece colgada de la luna, miente.



K

Acaponeta de los barcos en mi mano,
habrán de huir de la claridad
si el faro de mis ansias
no te ve crecer en semillas de guanábana.
De morir me acusa la tarde
y clava una estaca opalina en el jueves.
Para que el verano se mude de su zalamería por el sol
tendría que marcharse el tren
e inundar de su partida tu territorio,
dejándome siempre sola.

Segunda parte
Atajos

Para mí solo, en mí solo, en mí mismo
y junto a un corazón, del verso fuente,
entre el vacío y el suceso puro,
de mi grandeza interna espero el eco.

Paul Valéry

Ecos para descifrar una fogata (carta segunda)

ECO DE ÉL

Si tu dicha es como la mía
y puedes expresarla con más arte
alegra con tus palabras el aire
de este aposento y deja que tu voz
proclame la aventura de los dos.[2]
Amantes somos con los ojos encendidos
por esa sal que se levanta de tu cuerpo,
una granada inesperada en el desierto.
Si nuestra pasión se interrumpe
llamaremos a los brujos y sus hierbas
porque la carne es la magia de los amantes.
Hoy es el tercer día que cercan los barrotes,
son estas millas crecidas de sensualidad,
tu marcha es la decepción necesaria.
Quiero evocarte, hablo de ti demasiado.
Hay un espejo que perdió tu imagen,
mareado por el temblor de la espera.
Florece tú de nuevo para que la opacidad
se pierda para siempre.

[2] William Shakespeare, *Romeo y Julieta.*

Migraciones

Una fecha.
Lo recuerdas
con un dolor de durazno.
Nosotras tenemos
un jardín que nos acerca
a quienes presienten
cómo los pájaros emprenden su vuelo
en el momento exacto.

Reflejos atrapados en una gota

En la travesía de su leyenda
hombre y mujer
tocan con sus manos
murallas azules,
vidrio, material que los encierra.

El secreto

En el taller los dedos
juegan con el barro.

Yo te imagino en el linde
de una ventana que me oculta.
Mis sentidos me rodean de complicidad.
Aquí, en el mismo sitio,
transcurso de las horas,
fijo los ojos en el vacío.
Una carta quedó sin abrirse.
No sé quién eres.
Una isla extraña
que viaja como un cometa
por la memoria.
Los sitios que recorrimos se borran
en el límite de pensarte.
Estoy muy lejos
para hilarte en el tallo de mi cuerpo.

Los artistas hablan en voz baja,
planean formas para una escultura.

Ritual para una aparición

Comprendo que existe otra voz para nombrarte.
Ciega, simulo en lo nocturno un vampiro
para beber de un cántaro tu efigie
y, por temor a que se rompa, prefiero
que mi ansia clandestina dance en perfecto orgullo.

Meditación del engaño

Es día festivo.
Deslumbra un cohete
el cielo oscuro.
Cubre tu ansiedad
en los pasajes de otra piel.
Aventurarnos al abismo
de cualquier forma es peligroso.
Deja que apresure el paso por el camino.
Siente, todo huye,
es una bocanada de humo.

Intermedio

El silencio crece
cuando se mira a los ojos,
como la luna
en el sitio exacto se coloca
para ser la marea de un canto místico.

El resplandor

Una tarde somos inquilinos del momento
en que un anciano roza sus pasteles,
y lleno de placer los corta, los nombra,
sobre una diminuta mesa de madera.
Un resplandor toca una tecla de acordeón,
y disuelve la tarde en una afonía reluciente.
Una ráfaga nos descubre y se aleja.

La fricción

Inventé con las manos un juego de hazaña
que me dejó pensativa sobre la hierba nueva.
Recargué la cabeza en otra fábula
y la cantamos a solas
para que susurrara por los pasillos de una casa.
Déjame, la armonía despierta como un reto,
que nuestros cuerpos escuchan en la tangencia.

El amante y la luna

Cuando la oscuridad del cielo llega al mar
mi símbolo dice una misiva temblorosa
y viajo en el pétalo de un tulipán de agua.
Cuando no me llamas al caer la noche
y desciendes muda ante mí,
sé de un frágil presentimiento,
de una ruptura que amenaza.
Luna, ilumíname el rostro
y cubre mi piel con diamantina.
Sigiloso un amanecer roba tu presencia
y sufren mis deseos de furiosa orfandad.

Canto para un ángel

I

Sé que el verano nace ciego,
espera revolver las ansias de la razón.
El alma tiene frío.
descubre la luz,
voz que inútil exclama un sentimiento.
Nadie escucha.
En lo alto, donde las esquinas
de los edificios casi se juntan
una paloma se posa,
en un momento inédito, tan breve
como una intensa plegaria.
Permite a la inexperiencia ser escuchada.

II

Descubre la calma de luz
que imagino sin análisis.
Cómo digo que la cadencia
es una música perdida,
un abandono del mármol
donde se profanan los signos
que son la imperfección del alma.

Cómo decirte qué ángeles viven los asombros,
¿bajo qué acto de fe se rigen?,
¿cuál es el resplandor que esconden?

Déjame decirte que tu voz
es el títere de una estrella
y bajo su fulgor descansan las palabras.

Tercera parte
Retratos

Aquí, de las pasiones desviadas,
calla la guerra, por milagro,
aquí también a los pobres nos toca
nuestra parte de riqueza
y es el olor de los limones.

Eugenio Montale

Ecos para descifrar una fogata (carta tercera)

ECO DE OTROS

Nada violento es duradero,
ni el placer ni la pena:
ellos mismos se consumen como el fuego
y la pólvora al usarse.[3]
Traicionan los amantes
la palabra que se quema en sus labios.
No pueden hablar con soltura,
toda la inquietud desciende por sus arterias.
Poco a poco la llama cesa.
Desgracia es la que sellan
con la abrumadora carta que los ata.
Su instinto se cifra sobre una sábana.
Afirman su placer con destreza,
una tenebrosa necesidad los vincula.
Después están uno sin el otro,
países extraños, rompen los lazos.
Nada es duradero, no hay permanencia
y presienten su futuro con miedo.

[3] William Shakespeare, *Romeo y Julieta.*

Una luz en la memoria

Invade la casa un olor a camarón.
Hay un corredor largo
con húmedos tabiques
y un crepúsculo en la ventana.
Ella se sienta en la mecedora,
no sale de ese mundo
del jardín al corral
con sus patos y gallinas;
tiene una jícara que lleva su nombre,
roperos con fotografías, postales y cartas;
las blasfemias de un perico,
y a él, que la acaricia con sólo existir.
Ella es supersticiosa;
no puede vivir sin pasado.
Su bastón en un extremo de la pared
permanece con telarañas.
El cancel se abre,
centellea el sol en mi memoria.

Filmación de evocaciones

A la memoria de Nicias Aridjis Teologu

Nicias de benévola mirada,
fuiste soldado del catorce
con la vela de muerte entre las manos.
Corazón de molino en Contepec
lleno de aventuras y presagios:
un jinete sin cabeza asalta los tesoros
y baja a galope por calles empedradas.
Los traficantes se ocultaban con alcohol y tabaco
entre la huerta de membrillos.
Hombre de milagros y favores
de la guerra y sus alianzas,
todo lo que dijiste se cumplió
como si algún hechicero te previniera del futuro.
Los gatos saltaban por los aparadores de la tienda
y los campesinos se acercaban a escucharte;
tenías un cine en claroscuro;
era cálido, templado por visiones y nostalgias,
nos alumbrabas el rostro con una linterna
cuando los gritos de niños interrumpían la escena.
Un día la que nació sin estrella
te vio marcharte en el color azul de tus ojos.
Ya no la viste hacer con sus lágrimas una cruz de madera
y dejarla despacio sin que nadie lo notara
en el panteón de aquel pueblo.

El himno del limón

A Leonardo

Cubría tu piel un follaje de violencia,
temblabas detrás del árbol inexistente.
Esa manera de encender las llamas y apagarlas,
de andar laberintos forjados al caminar herido,
desde una infancia que mirabas asustado.

Exilio

A Jessica

Vive instantes con olor a yerbabuena;
escenas donde no corre la agonía,
su transcurso inexplicable ella lo guarda
en una vitrina efímera
para ausentarse de cualquier páramo.

Poema de llar

Trastornado de vivir de palabras incoherentes,
pozos profundos en una expresión,
cuando lo miro, es distante descifrarlo.
A él lo he visto con una taza de aluminio
aprisionada en su puño, jorobado y enloquecido.
Dicen que alguien le hurtó su fortuna
y le dejó un deambular de limosna
hasta perderse en pesadillas.
Un día le brotaron lágrimas y gritos furtivos.
Con el rostro apagado
recorre la avenida profana.
Hay hombres que son claustros,
guardan un rito al silencio.

La vendedora

Se refugia en una plaza
donde su ceremonia en la lluvia
alumbra un canto de agua
mientras tallan sus ojos una piedra esmeralda.
La caja de chicles se olvida bajo el kiosco.

Composición

Él recorta pedazos de una hoja.
Con las tijeras sigue una forma de mujer.
La inventa entre confusiones —mías—
en las que puedo flotar sobre las líneas
que descienden por su *collage.*



En el portal

El hombre del violín
se acerca a la mesa.
Despacio su arco toca las cuerdas.
Prisionera en la alcancía
su pasión se inquieta.
Me pregunto si en algún anochecer
podré mirar a través de su ranura
sensaciones parecidas
a este viento que se aleja.

Zangarriana

Cestas de mimbre
en la esquina de la banqueta.
Una mujer se detiene, las admira,
roza su textura con los dedos.
Él la observa, le sonríe,
quiere decirle que pasa horas
cerca del sol y está solo,
platicarle sus afanes de los últimos días,
dejárselos a ella,
que indiferente se aparta.

Agorera

A la indígena que vende muñecas
le salen peces y palomas de la falda.
Sus párpados de mimbre se oscurecen
mecidos en el enjambre de la calle.

Lectura

La casa vacía,
antigüedades y ecos lejanos.
Aunque no lo dices,
una réplica de ti es ermitaña.
Detrás de ese disfraz
abres tus días y sus motivos.
Eres errante, tu patria
es el sonido de las hojas secas
que van poblando este camino.

Continencia

Cómo descubrir al poeta entre ciudades
que se vuelven páginas, días de lluvia,
peregrinaciones involuntarias de lo efímero,
luciérnagas que vuelan hacia otro rumbo
quizá retrocediendo a un lugar perdido,
lejos de esta realidad
donde las palabras son joyas.
A veces, muchas veces, vale la pena fugarse
y abrir otros libros.

El durmiente

Siente correr en sus venas dos manecillas
que tocan una cuenta interminable de silencios.
Lleva en el cabello tiempos que no existen.
Al relojero no lo aprisionan los años
y deja, entre esos diminutos engranes
que mueve sin cesar, un sortilegio,
un paso seguro de escucharse
cuyos ritmos se despiertan a su paso,
un presentimiento detrás de su aletargado cristal.

El milagro

Se levanta la magia del pensamiento.
Amanece con las manos unidas al cielo.
Dice cinco veces cómo giran las palabras en un rezo,
tenue la fe levanta sus columnas,
palpita en el secreto, mece los labios.
Tiembla un dolor que nada lo derriba.
Crece su mirada en una imagen que la condena,
prende con sus dedos el milagro
a la capa enaltecida de la virgen,
le vuelven las lágrimas y nace el espíritu.
Enciende la veladora y la coloca en el nicho.
La anciana sale a la calle
vestida con la bendición que la salva de un diluvio.

Carta a Marina Tsvietaieva

¡Las pérdidas en el mundo, Marina,
las estrellas que caen!
¡No lo aumentamos, lancémonos adonde sea,
a cuál estrella!...

R. M. Rilke

Marina, tengo dudas,
escribo sobre el océano
separando la sal de la arena.
Toda palabra gira al mismo sitio
como manecilla del reloj,
grafías hechas gotas,
internas, se rebelan
hacia su espacio,
mueven la idea donde tocarla no puedo.
El papel, un barco que naufraga
cada vez que el silencio se me escapa;
le temo, es la batalla impenetrable.
Con cantos respondes
tú, ballena azul índigo.
Yo no aborrezco el mar, ni el amor
sinónimos tuyos,
monstruosos, alucinantes,

descifran tu nombre
lleno de esencia.
Cuando te fugas basta sentarme en la playa,
lo místico guardado por las olas.
Un sonido suave brota de su espuma.
Las estrellas caen, Marina,
en un susurro misterioso que se expande.

Ahogo

Pegó su rostro en el cristal de la ventana.
La huida era asomarse a la transparencia.
Un ángel de arena desató su tempestad.
Tenía el deseo de una túnica de espuma.
Atrapada por el sonido de las olas
se dejó llevar mar adentro.

La titiritera

Los ojos de una rosa son el Diablo.
Creyeron en el brillo más fuerte,
en la intensidad de la belleza;
la hicieron escultura,
alabaron su apariencia.

Cierra la puerta, apaga las voces y los pasos,
muerte, desata los nudos del azar,
tu mirada sobre la oscuridad se hincha de morado.
Vienes de la música que se asoma a través del tiempo,
aquella de un lejano recuerdo
que alguna noche murmura su rocío.

Tienen la certeza de un mapa difuso
y ven dibujada en la montaña la pregunta del eco,
la rosa sobre el canto apagado,
entre la hierba seca de un desierto de hermosura.

Muerte, tembló un presentimiento
que va en el espacio de tus manos y guía marionetas.
Me lo repetiste esa noche con la misma seguridad,
colgaste de nuevo vacíos en la oración de la vida.

Alabanza

A

En la roca dos serpientes
interrogan la palabra de los siglos.
Una mujer nació con garras de águila,
despertó en brazos de la muerte,
inflama un eterno sacrificio,
despertó la raíz del movimiento.
Honda flor de tierra, mujer marfil,
te adornan piedras de obsidiana.

El jaguar te posee constelada de frutos.

Vuelve la madre y consolida
los muros de la mano.
Divide en sus fauces la conquista de Eva.
Por su cuerpo brota cálida sangre.
Busca nutrir cada décima de fuerza.

B

Reencarna en una máscara de jade
que talle la profecía de otra era.
Junta tus alas, encoge tus plumas,
señala con ellas el oculto pasado,
dueña del cosmos,
señora matinal de los dolores,
firme rocío en el que duermen
los astros de una piedra.

Tiniebla y belleza conjugan tus senos,
zorra, aguarda el lamento,
es tu dolor un deseo no reprimido,
un grito que acecha al espíritu.
En tu juicio desaparece el engaño
de dos sexos que tiemblan en secreto.

Recuerda, madre, cuando crecí de tu semilla
cuánto sacrificio olía entre las piedras,
soy un caracol que se oculta
cuando es necesario,
presa de una desolación interminable.

C

Ama un caracol su escondite.
Lo construye de excremento.
para después ocultarse
en su espiral,
círculo del infierno
de quien no puede amar una tormenta.

Línea abierta en manos del misterio
en la que agoniza una lágrima de ayer
por unos labios que fracasaron
ante otro beso eterno.

Se cansa la mujer de esperar.
¿Hacia dónde puede cifrar el fondo de sus huesos
y el polvo que extiende la duda?

D

Soy la que mira por un caleidoscopio,
soy aventurera del destino,
laberinto semejante a una serpiente enroscada.

Hazme volar sobre tu palma,
devora y construye sus líneas
antes que muerda mi figura
el tiempo que no ha pasado.

Sangra con lágrimas,
hora de la lluvia,
tu paso entre llagas
huele a fugitiva.

Nacimos en una lucha tremenda, las mujeres,
dos serpientes, rivales,
sacan su veneno sobre el vientre.
Musa, Afrodita del caleidoscopio,
cada siglo te despierta del cristal,
el amante que te nombra
es quien gira los cristales
y fija la mirada en tus formas
mientras la otra contempla tu victoria.

E

Después viene la calma de los que temen,
se ponen su armadura.
No encuentran jamás el eco que descifra la fogata.
Se alejan del lugar de los dioses,
Coatlicue de dos caras.
Inmemoriales mueren al momento,
al prevenirse de todos los males.
Eterno es el que desconoce lo tibio
y cruza los umbrales del polvo que es su muerte.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: LUGARES

SEGUNDA PARTE: ATAJOS

TERCERA PARTE: RETRATOS

Ecos para descifrar una fogata
de Ana Aridjis se terminó de imprimir
en el mes de enero de 1993 en los talleres
de Impresión y Diseño. La edición consta de
mil ejemplares y estuvo al cuidado de
Juan Domingo Argüelles.

FONDO EDITORIAL
TIERRA ADENTRO

A través de la edición de libros antológicos, individuales y colectivos de jóvenes autores del interior de la República, *Tierra Adentro* da a conocer nuevas voces y estimula la creación acercándola al público lector de México.

TÍTULOS RECIENTES

47.
Cosme Almada:
Sombra subterránea (poesía)

48.
Alfredo García Valdez:
Silva de amor nocturno (poesía)

49.
Luis Enrique Gutiérrez O.M.:
Sirenas de escama gris (cuento)

50.
Alberto Castillo:
Letargo de bahía (novela)

51.
Teatro joven de México I

52.
Teatro joven de México II

53.
Bernardo Lima:
El juego ha terminado
(novela)

54

FONDO EDITORIAL
TIERRA ADENTRO

Una brizna de amor suele convertirse en toda una canción bien organizada. Un grumo lejano puede convertirse en lluvia o en tormenta desatada.

Y como en la parábola evangélica y arcangélica, un grano de mostaza, en un arbusto cuyas ramas suelen alojar pajarillos sonoros.

Todo esto me sugieren las primeras tentativas poéticas que alardean de frescura y espontaneidad en este manojo de versos sin timidez de Ana Aridjis, gozoso retoño de ese viejo tronco del sentir michoacano y al mismo tiempo grecolatino que se adivina en sus páginas.

Poesía, casi mística, venturosamente juvenil en la que le ha sido conferido el privilegio de ser flor impoluta y carismática.

La recibimos y aplaudimos como a una semilla auténtica que, como se decía antes, "ya muestra en esperanza el fruto cierto".

Manuel Ponce

